

EL MEMORIAL DINAMICO DEL SEÑOR

WACLAW SWIERZAWSKI

El presente trabajo intenta expresar la conexión orgánica existente entre Cristo y la Iglesia en la anámnesis Eucarística.

Estas páginas han sido inspiradas por las conclusiones del Concilio Vaticano II. En el transfondo del Concilio no sólo existía la conciencia de solucionar necesariamente un problema muy candente, sino más bien el deseo de encontrar un punto central de doctrina que pudiera resultar vivificante. Para intentar llegar a ese punto central, quisiera examinar también el problema más esencial de la teología contemporánea, que se encuentra en la base de todo ministerio pastoral.

El centro al cual tendríamos que dirigirnos es el misterio pascual de Jesucristo. El encuentro entre Dios y el hombre tiene lugar en el curso de la celebración Eucarística junto al altar, recordándonos y haciendo presente (anámnesis) la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Allí precisamente, Dios se manifiesta como el Padre Supremo, y la Liturgia se transforma en un medio para realizar la unión de Cristo con la Iglesia. Ese amor dinámico sigue vivo en la Iglesia, que Cristo abrazó «como a su esposa», y la teología se transforma, por efecto de la Liturgia, en algo más que una ciencia. A partir de este centro la teología logra una firme organización de la verdad y consigue, a través de la exégesis espiritual, el acceso a la estructura del testimonio trinitario, que encuentra su perfección en el misterio pascual de Cristo.

La realidad de la existencia del Padre por medio del Espíritu Santo, interpretada a la luz de la participación en el Misterio Pascual de Cristo, manifiesta la existencia de un principio definitivo de autoridad. Hay que tener en cuenta que sólo es posible un desarrollo de la teología en el interior del contexto de la Iglesia Jerárquica.

Sólo aquí la Palabra del Padre comunica la libertad, y el Espíritu Santo revela la verdad.

Solamente una teología que gravite alrededor del centro vivificante a que hemos aludido puede hacernos ver con qué profundidad el misterio de Cristo cambia todo el ser humano. Esto demuestra que el aspecto académico de la Teología es secundario, en relación con el aspecto místico. La teología como ciencia sólo influye indirectamente en la conversión espiritual, produce una sumisión reverente al Espíritu Santo, como producto de la escucha del Evangelio, en el contexto de la celebración del Misterio.

I. El Concilio Vaticano, al referirse de modo específico a la teología del Misterio, nos recuerda que la Liturgia es un acto de Cristo, que es «el que está presente» y que el ministerio sacramental es llevado a cabo por Jesucristo mismo. Esta nueva formulación de la característica principal de la Liturgia constituyó para muchos teólogos una gran sorpresa. Desde la época de la reforma, y a lo largo del período que siguió al Concilio de Trento, el conflicto entre «palabra» y «sacramento» se hizo tan agudo que llevó, en su grado más elevado, a creer y decir, a más de uno, que existían dos caminos para alcanzar la salvación: uno basado en la «palabra» y otro en los «sacramentos». En cambio en la época de los Padres de la Iglesia, los fieles aprendían que en los sacramentos estaba presente no sólo Cristo mismo, sino también su poder Redentor. Según San Pablo, la predicación del Evangelio y la administración de los sacramentos (Rom. 15-16) son dos realidades unidas y distintas; no dos modalidades de la misma función. Lo mismo se puede decir de S. Ignacio de Antioquía y de Orígenes. El término «Mysterion» indica la totalidad del sacramento de la Redención realizada por el Logos.

El orden sacramental (*Mystiké Leitourgía*) adquirió mucho más realce a partir del IV s., cuando surgieron las grandes Liturgias y se reconoció con claridad el carácter fijo del conjunto de los sacramentos. San Agustín, que llamó con la palabra sacramento (*Sacramentum*) tanto al misterio Pascual como al misterio del culto, empezó a distinguir estas dos esferas particulares. Esta separación se hizo más neta cuando fue explicitado el número septenario de los sacramentos (San Isidoro de Sevilla), cosa que más tarde los reformadores pusieron en discusión.

Las tradiciones presentes en la Liturgia, sobre todo las referentes al Misterio Pascual de Cristo, como una «*Dromenon*» han sido descubiertas e interpretadas teológicamente por uno de los grandes

pioneros de la renovación litúrgica: Odo Casel. Este autor empezó por recordar, en muchas publicaciones apoyadas en estudios patristicos, en qué consistía la salvación cristiana: la Liturgia es un acto de Cristo que está presente con todo su poder redentor y con los misterios de su vida. Debido a esto, la Liturgia posee una fuerza dinámica divina, de modo especial la Liturgia Eucarística. La Liturgia Eucarística es descrita frecuentemente por dicho autor como un «geschehendes Sacrament». La participación en el Misterio redentor de la Liturgia es una unión con el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, o en otras palabras es un paso (*transitus*) hacia el Padre con Cristo.

Otro mérito de Casel es el de haber conectado la Teología del Misterio con el concepto de anámnesis. Así contribuyó en gran medida a la elaboración de la Teología relativa a la presencia de Cristo en la Liturgia, y puso en evidencia el carácter dinámico de su presencia.

El carácter dinámico de la Liturgia se basa pues, en el mandamiento mismo de Cristo: «Haced esto en memoria mía» (Lc. 22,19). Después de que Cristo hubo dejado a los Apóstoles, ellos volvieron a reunirse para dar cumplimiento a la orden del Señor. Durante las celebraciones festivas, los Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, conmemoraron los acontecimientos y los misterios de la vida de Jesús y su enseñanzas, y esperaron el cumplimiento de las promesas que El había hecho. De este modo la Eucaristía fue al mismo tiempo, un recuerdo eficaz de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, de su vuelta al Padre, de la venida del Espíritu Santo y de la segunda venida de Cristo. El objeto de esta celebración, en la cual se conmemoraba al Señor y se renovaba su presencia real, era «el gran misterio de la piedad» (I Tim. 3,16).

Los cristianos no recordaban estos eventos en el silencio de la meditación, sino que elaboraron una forma externa, una expresión, para estos recuerdos: la formulación litúrgica. Las reuniones culturales eran celebradas por los presentes, con la conciencia de ser la comunidad del Señor, y, por tanto, con la seguridad de la presencia de Cristo cuando los fieles elevaban sus plegarias hacia El. De este modo, las reuniones se transformaron en una Liturgia, elaborada en base a la estructura ya existente de la Liturgia judía. Sin embargo, a pesar de las semejanzas de estructura, la liturgia cristiana posee un carácter único y excepcional debido a una nueva realidad, comprensión y experiencia de la anámnesis.

Los actos redentores de Cristo (*Celebraciones*), meditados a lo

largo del desarrollo de la Eucaristía, son transformados en un acto redentor mediante la consagración, y la anámnesis misma se transforma en acontecimiento. Es como si se dieran dos géneros de anámnesis: uno de tipo verbal (*Memoria*) y otro de tipo material (*anámnesis*). Los dos forman una síntesis de contemplación y al mismo tiempo actúan. Lo que Cristo llevó a cabo en la Última Cena y en la Cruz, al mismo tiempo es recordado y se hace presente. Por ese motivo San Justino llamó a la Eucaristía «*Euches Logos*», y San Pablo «*Logike Thysia*»: un sacrificio en la verdad y en el espíritu. Estas expresiones indican que el Logos encarnado se ofrece a Sí mismo, y que la Iglesia se une a este acto divino con espíritu de sinceridad y verdad. De este modo hemos puesto en evidencia la estructura trinitaria de la anámnesis. La vuelta hacia Dios (el Padre) sólo es posible a través del Hijo en el Espíritu Santo. A través del Señor, que ascendió, la Iglesia, como su esposa, tiene acceso al Padre. Este es el sentido más profundo de la anámnesis, por medio de la cual Cristo vive para la Iglesia, y la Iglesia se ofrece a Cristo. Cuando los cristianos «*conmemoran*», Cristo está entre ellos, come y bebe con ellos, dándose a sí mismo como alimento para ellos. De este modo, la fracción del Pan se transforma en una fiesta de la Jerusalén celestial, a lo largo de la cual el Señor sacia y reúne a todos, como manifiesta la epiclesis.

La teología del misterio, ampliamente difundida por Casel y sus discípulos, adquirió mayor profundidad por obra de la «teología de la Palabra de Dios». Según la formulación de los teólogos que pertenecen a esta escuela (empezando por L. Bouyer), el misterio es un Agápe que al mismo tiempo tiende a ofrecerse y debe ser aceptado bajo las delimitaciones de la Palabra. La celebración del misterio requiere una mirada a la Palabra y su aceptación mediante la fe.

En base a esta visión, todo se concentra alrededor de la Historia de la Salvación. La liturgia sacramental debe ser considerada como un recuerdo «*zikkaron*». Pablo y Lucas hacen mención de un mandamiento anamnético del Señor como «*Zikkaron Paschae*». En el caso del Verbo encarnado, la Palabra y el sacramento aparecen como categorías complementarias. La Palabra del Evangelio es la Palabra de Dios, y es, por lo tanto, el testimonio que da el Espíritu Santo acerca del acontecimiento de Cristo, siendo la liturgia Eucarística el lugar privilegiado de este anuncio. Se puede decir, pues, que la liturgia sacramental (que es eucarística por excelencia) es la anámnesis y la epiclesis del Evangelio en la economía de la Salvación. La liturgia es la presencia de la Palabra que se hizo carne. El aparente dilema entre

sacramento y palabra es resuelto señalando que el Evangelio es más «eficaz» en el contexto de una proclamación Litúrgica, y que los sacramentos deben su real importancia a la Palabra Evangelio. Todo esto es posible sólo gracias a la presencia del Señor de la Liturgia. La tarea de la Teología es, según las indicaciones del Concilio, la de poner en evidencia esta influencia mutua y complementaria.

En la teología de la Eucaristía, que ha recibido del Concilio una nueva vitalidad, el elemento más novedoso no es la manifestación del papel social de la Eucaristía (véase, p. ej., el relieve que se ha dado al Viernes Santo en unión con el misterio de la Última Cena), ni de sus consecuencias, como algunos autores opinan. Es más bien el relieve dado a la estructura fundamental de la Eucaristía, que gira alrededor de un centro: la presencia de Cristo, revelada «para nosotros» en la liturgia de la asamblea; es decir, en la liturgia de la Palabra y en la liturgia del misterio Pascual. Se trata, en otras palabras, de la celebración de la Muerte y de la Resurrección del Señor en la actualidad de la Iglesia reunida.

Hay más. Este elemento nuevo no solamente nos recuerda los distintos géneros de presencia de Cristo en la liturgia, sino que subraya también la dinámica progresiva y específica de la liturgia que vivifica y une a todos en una unidad. Este dinamismo es el aspecto más característico de la renovación de la liturgia eucarística y lleva consigo un influjo especial ejercido sobre la teología, el ministerio y el entero proceso de formación litúrgica. Llega también a influir sobre una correcta interpretación de la vida cristiana, ya que señala su centro vivificante.

Debido al descubrimiento de la presencia dinámica de Cristo en la Eucaristía, la iniciativa litúrgica se hace formación del Pueblo de Dios, que, en la comunidad litúrgica, rinde, bajo el poder de Dios Padre, la adoración a El debida por medio de Jesucristo y del Espíritu Santo. El pueblo es constituido por medio de la Palabra y la lleva por todo el mundo, de tal modo que, bajo su luz, todo hombre puede encontrar el sentido del plan de Dios y puede cumplirlo en cualquier lugar.

El pueblo de Dios ha de hacerse sensible a la presencia del Señor, que nos ofrece su acogida en la Liturgia de la Palabra, y que dirige los corazones y las mentes humanas hacia el Padre. El deseo del Señor es el de preparar a los fieles para que confiesen su fe, para que den gracias por el misterio Pascual del Hijo, como acto que Dios, en Cristo y a través de Cristo, opera en ellos y que vive en el corazón del mundo. La acción de gracias alcanza su culmen en la comu-

nión sacramental, en el encuentro preparado por la anámnesis. Cristo y la Iglesia renuevan y refuerzan su vínculo conyugal, su Alianza. Así, progresando de Eucaristía en Eucaristía, el Pueblo de Dios avanza por el camino que va hacia la unión final.

Toda teofanía eucarística encuentra además su cumplimiento en la tarea misional. Es una manifestación de la responsabilidad de los fieles cara al destino y a la Redención del mundo. Cada día, en la Eucaristía, la Iglesia descubre no sólo el sentido de su propia identidad, sino también su propósito concreto. La dinámica de la presencia de Cristo, por medio de la Eucaristía, alcanza un universalismo cósmico que es propio de El, expresado por medio de la dinámica de la Iglesia cuyos pensamientos y acciones tienden a difundir la Religión.

El problema que hemos examinado y perfilado hasta ahora no puede ser encerrado en un molde estrecho. Esta es la razón por la que intenté considerar la relación entre Cristo y la Iglesia como un todo en una síntesis de espiritualidad litúrgica, cosa que constituye cierta novedad. Me movió a hacerlo el hecho de no haber encontrado, en la literatura teológica más reciente que pude consultar, ningún trabajo relativo al problema de la presencia dinámica de Cristo en la Eucaristía, tal como fue subrayada por el Concilio Vaticano II y la Encíclica *Mysterium Fidei*.

II. Un texto fundamental de la Constitución *Dei Verbum* nos recuerda: «la Sagrada Teología se basa, como sobre un fundamento imperecedero, en la Palabra escrita de Dios y en la Sagrada Tradición. En ellas encuentra su más firme solidez y su constante rejuvenecimiento; mientras investiga a la luz de la fe toda la verdad encerrada en el misterio de Cristo. La Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios y siendo inspirada es realmente la Palabra de Dios. El estudio de la Sagrada Escritura debería ser el alma de la Sagrada Teología. El ministerio de la Palabra, la predicación, la catequesis y toda la enseñanza cristiana sacan provecho de la Palabra de la Sagrada Escritura y se desarrollan santamente. La Homilía litúrgica debería tener en ello un lugar especial».

Este esquema nos trae a la memoria aquella interpretación de la teología hecha por los Padres de la Iglesia que la considera como una gnósis, representada en la Edad Media por la corriente teológica llamada «monástica». También nos recuerda lo que la teología de la Liturgia no puede ser: una sabiduría extraída sólo de los textos,

ni tampoco un conocimiento especulativo o deductivo, ni un conocimiento dialéctico o de controversias.

Encontramos la mejor teología elaborada por los Padres de la Iglesia en la Catequesis litúrgica, en las homilias pronunciadas durante la celebración de la liturgia o en tratados escritos para el ejercicio del ministerio o con propósitos catequéticos, como por ejemplo en el *De Catechizandis Rudibus* de San Agustín y en el *De Mysteriis* de San Ambrosio. Aquella concepción de la Teología llevaba consigo una vida litúrgica, y de este modo iba unida a las salvaguardas que los mismos actos humanos ponían contra el peligro de una excesiva intelectualización. Esta relación con el culto de la Iglesia es indispensable para la Teología, si quiere estudiar su objeto central: la realidad trinitaria de Dios. En cuanto a la cura de almas, p. ej., y de la responsabilidad que ésta lleva consigo, aumentada por la manera de celebrar la Liturgia, el encuentro con el misterio de Cristo no se limita a la esfera doctrinal ni puede ser reducido a la esfera de los fenómenos. No basta describir o examinar el misterio de Cristo; su importancia teológica debe ser subrayada con el fin de despertar la admiración en el alma del oyente, de modo que este asombro pueda engendrar en él la fe, penetrar en él con la esperanza, y enseñarle a amar.

Además de la unión entre los dos Testamentos, frecuentemente considerada por la Teología de la liturgia, también se considera el principio (*Principium*) de la anámnesis. Esta consideración requiere un estrecho contacto con la Teología Bíblica tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Para explicar el núcleo del culto judío, nos debemos situar en el misterio de Cristo y a su luz considerar su esencia. Por ello se debe poner el énfasis más en la Teología neotestamentaria que en la del Antiguo Testamento. Este es el motivo por el que, para alcanzar una mejor comprensión de la importancia del culto del Antiguo Testamento, se deberán seleccionar los aspectos característicos de dicho culto y también los principios que poseía en el mismo judaísmo. Entonces se verá que aquel culto está conectado con determinadas circunstancias históricas. Un acto de culto es un momento de la historia que alcanza unas dimensiones existenciales específicas. Pero, cuando este momento existencial llega a unirse con las categorías de tiempo que predominan en el culto, adquiere una relación con el pasado y con el futuro, y desemboca así en una anámnesis del pasado y en una profecía cara al futuro, mientras se actualiza en el presente.

Este doble aspecto del culto del Antiguo Testamento se identifica

con la estructura de la Palabra de Dios. En base a la etimología hebrea, la Palabra de Dios (*Dabar*) posee un aspecto dinámico (acontecimiento) y otro estático (fórmula). Cuando la conmemoración (fórmula) hace actual un acontecimiento, surge una pregunta que tiene muchas consecuencias cara a la Palabra o al Culto. La novedad del Culto cristiano, en el cual, gracias a la presencia de Cristo, tiene lugar una conmemoración y actualización de los acontecimientos redentores, y del cual el culto del Antiguo Testamento era solamente una figura, realiza perfectamente en este sentido el concepto de anámnesis. La anámnesis litúrgica, que nosotros comprendemos gracias a la aplicación práctica de la Teología bíblica, conmemora una obra del pasado, proporcionando una esperanza de gloria en la actuación litúrgica concreta. Es, por tanto, un acontecimiento que requiere fidelidad y compromiso, que la hermenéutica de los Padres de la Iglesia, basada en el cuádruple sentido de la Sagrada Escritura, clasificaba en una Jerarquía de cuatro planos, que comprendían la entera vida cristiana: el plan ritual, moral, espiritual y escatológico. La Resurrección de Cristo, que se coloca en el centro mismo de la Biblia y de la Liturgia, no permite ninguna desviación accidental y nos protege contra la visión de una cristiandad idealizada.

De este modo la Teología de la Liturgia, basada en la Teología bíblica, y de modo particular la Teología de la Eucaristía pueden comprender su objeto en el contexto de la tradición judeo-cristiana. Aunque nacida en el ámbito litúrgico, esta Teología puede explicar también algunos aspectos particulares de la Sagrada Escritura. En este sentido hay una incesante penetración de la Biblia en la Liturgia y de la Liturgia en la Biblia. De esta conexión mutua se origina el verdadero método de la Teología de la Liturgia. Este método consiste en el paso del estudio bíblico a la práctica litúrgica para volver de nuevo a la Biblia, enriquecidos por las adquisiciones espirituales contenidas en la Liturgia. Estas adquisiciones son efecto de la presencia de Cristo en la Liturgia y del contacto con El a nivel de oración y de sacrificio. El pensamiento teológico encuentra de este modo en la Liturgia y en la especulación litúrgica no solamente un lugar de descanso, sino también una mayor y desacostumbrada profundidad. Mediante el simbolismo de la Liturgia, el sentido espiritual de la Sagrada Escritura se vuelve más claro de lo que está en el texto mismo, y, puesto que el símbolo es también una participación de la realidad, la Sagrada Escritura llega a ser, en el contexto de la Liturgia, la Palabra de Dios por excelencia y, como tal, está presente en el producto de la Teología de la Liturgia y de su aspecto práctico: las homilías.

Es fácil pasar del evidente centro cristológico de la Liturgia al teocéntrico y a la dimensión pneumatológica, desembocando así en una visión trinitaria. Esto confirma que la Liturgia es el Culto dado al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo y que su aspecto antropológico consiste en la santificación del hombre.

Una confirmación de estas consideraciones se encuentra necesariamente en el segundo pilar fundamental de la teología de la Liturgia: la Teología de los Padres de la Iglesia, a pesar de que no sea fácil encontrar siempre un hilo conductor en la gran masa de material que esta Teología supone. Para explotar el material de la Tradición, de los Padres de la Iglesia y también de los antiguos textos litúrgicos, se debe considerar en primer lugar la referencia constante a la Historia de la Salvación y a su acontecimiento central, el misterio Pascual de Cristo. Alrededor de ello gravitan, de distinta manera, todos los misterios del año litúrgico, todas las homilias y sobre todo la anámnesis contenida en los textos de las anáforas. También se puede comprobar que el mismo método teológico es expuesto en las estructuras de las catequesis mistagógicas, de las cartas, de los tratados y de obras teológicas en general.

El Magisterio de la Iglesia, como institución descrita por la constitución *Dei Verbum*, juega un papel normativo para la Teología. Proporciona además la interpretación autorizada de la Liturgia, indica cuál es su centro y el método que hay que seguir para su elaboración. La Teología de la Liturgia logra una síntesis cristológica, que se puede obtener mediante la lectura de las anámnesis Eucarísticas. De todos modos, además de la Cristología hace su aparición también la Eclesiología, que considera la anámnesis desde un punto de vista distinto, y la Antropología, que conecta la estructura dialógica del acto religioso (Dios-el hombre) con la madurez del establecimiento de la Alianza (Cristo-la Iglesia), y con la plenitud de la unión esponsal y de la contemplación en el Espíritu Santo.

La síntesis de doctrina sobre la Eucaristía que las anámnesis sacramentales ofrecen nos recuerdan la presencia de Cristo en la Liturgia. Los tratados acerca de la presencia de Cristo en la Eucaristía consideran generalmente el modo de esta presencia y suelen, en cambio, olvidar el simple hecho de que Cristo está presente allí para nosotros. El se quedó con nosotros para introducirnos en la «otra orilla».

La Iglesia reunida en la Liturgia descubre allí cuál es su misión fundamental: está orientada hacia Cristo. La fe de la asamblea es el correlato de la presencia de Cristo en la asamblea Eucarística. La fe es una reflexión que responde y proviene de la presencia radiante de

Cristo, respuesta que proporciona al hombre el acceso y la posibilidad de participar en el misterio pascual de Cristo mismo, lo que constituye el único camino para llegar a la vida íntima de Dios. Es indispensable, por lo tanto, demostrar la necesaria vinculación entre el sacramento de la confesión y la Eucaristía. De este modo el culto litúrgico llega a ser el lugar donde se realizan los desposorios de Dios con el hombre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo.

El aspecto principal del culto, que lleva a una intimidad aún mayor de Dios con el hombre y del hombre con Dios, es la Palabra de Dios. En la Liturgia, la Palabra de Dios es pronunciada hoy (*Hodie*) y esta es la razón de la capacidad que posee la Liturgia de crear y reforzar la Alianza del desposorio.

Todo esto pone en evidencia el hecho esencialísimo de que la Palabra de Dios, la buena nueva, el *Kérygma*, anuncian el misterio, es decir, la presencia de una acción *hic et nunc* por parte de la realidad transcendental de la presencia de Dios. En el ámbito del signo litúrgico la Palabra de Dios anuncia la presencia del Reino, ya que su proclamación (*Kérygma*) constituye toda la Liturgia. La liturgia de la Palabra es solamente una parte de los discursos del Señor. «Su Sangre» y «su silencio» también nos hablan con sencillez: es su presencia la que habla.

La confesión de fe, que no puede limitarse sólo a la recitación del Símbolo, debe estar presente también en otros momentos de la celebración Eucarística, especialmente en el Cánon de la Misa, y debe ser un eco de la Palabra eficaz. Por eso debemos pensar que la Liturgia de la Palabra es una introducción a su homóloga Eucaristía.

Al presentar la doctrina de la dignidad sacerdotal del fiel, se debe señalar que el símbolo de la Cruz es una abreviación Kerygmática, es decir una expresión de la actitud del sacrificio de Cristo y de la Iglesia. La Cruz nos inicia en la transcendencia de Dios, nos coloca en una esfera sobrenatural, en la comunión de la gloria con Cristo. Mediante la participación en su muerte, nos permite penetrar en la postura de Cristo, en la cual domina la reverencia hacia el Padre.

En este contexto, la Eucaristía parece poseer dos contenidos: el Misterio de la Pasión y el Misterio de la Resurrección y se transforma en el lugar privilegiado de la presencia del Reino, donde, a través de Cristo y en el Espíritu Santo, se alcanza la esfera del Padre.

En el *hodie* de la anámnesis litúrgica, a través de la cual la realidad de la alianza se perfecciona en un desposorio místico, tiene lugar la transformación del sacrificio en la dinámica del triunfo Pascual. Por esto en la estructura dialógica de la anámnesis, que incluye las

Palabras de Cristo «Haec quotiescumque feceritis, in meam memoriam facietis» (Lc. 22,19), «cada vez que hagáis esto, hacedlo en memoria mía», y en la respuesta de la Iglesia formulada en la anáfora de la Misa: «Unde et memores... offerimus», «por lo tanto recordando... ofrecemos», está contenida la esencia más dinámica del cristianismo. Todo esto constituye, por así decirlo, la irradiación de Cristo presente verdadera, real y sustancialmente bajo las especies Eucarísticas. Una introducción a esta manera más perfecta de presencia está constituida por su presencia en la palabra y en la reunión. En la estructura de este diálogo reconocemos un intercambio entre Dios y el hombre, que la teología de la Liturgia llama función de santificación y culto.

De este modo, Cristo presente en la Eucaristía transforma el acto ministerial del sacerdote y el de la reunión de fieles en una dinámica fecunda de orden individual y social, y fija audaces normas directrices para el pensamiento teológico. Este pensamiento llega a ser el sustrato de un ministerio auténtico cuya cumbre es la caridad. Descubrimos así en la Eucaristía la fuente del dinamismo misionero que realiza el Testamento de Cristo en el apostolado por medio del espíritu. Descubrimos aquí también la cumbre a la cual tienden todas las cosas. Se trata de la adoración del Padre por parte del Hijo en el Espíritu Santo, por parte de la comunidad humana y por parte del Universo entero que anhela la «manifestación de los hijos de Dios».

La reflexiones que hemos señalado connotan implicaciones prácticas. Nos recuerdan que todo el arte pedagógico y ministerial de la Iglesia debe crear las condiciones para llevar al encuentro con Cristo y con su Palabra al hombre que vive en la Iglesia.

